

## El archivo Ruiz: veinte años después

**P**ARA los periodos anteriores al siglo XIX, los archivos particulares de los negociantes constituyen una fuente primordial de la historia del comercio y de la banca. Las correspondencias mercantiles no se ciñen a prodigar los detalles más minuciosos, hasta los más fastidiosos, sobre tal o cual operación peculiar, venta de tejidos o cobranza de deudas. Suministran informaciones de alcance general sobre la técnica de los negocios, la solidez de las empresas, el estado del mercado, los precios de las mercancías, la tasa del interés, el curso de los cambios, en resumen precisiones análogas a las que hoy se encontrarían en periódicos financieros. Los libros de cuentas permiten medir el coste de los transportes marítimos o terrestres, de los seguros, comisiones y corretajes, el peso de los derechos de aduana, y por fin calcular las pérdidas y ganancias, variables según los casos, cuyo porcentaje es, sin embargo, muy aleccionador. Así que los archivos de negociantes nos entregan a menudo datos que en vano se buscarían en los archivos estatales o municipales.

Los que subsisten tienen tanto más precio cuanto una inmensa cantidad de papeles de negocios desapareció para siempre. Cuando una empresa cesaba de

funcionar, y las cuestiones de herencia quedaban resueltas, esos papeles viejos ya no interesaban a nadie. Los descendientes de mercaderes que habían ascendido a la nobleza apenas hacían hincapié en los procedimientos que sus antepasados habían usado para enriquecerse. Hasta, en algunos casos, recurrían a ciertas habilidades para echar en el olvido orígenes plebeyos. A pesar de todo, circunstancias particulares favorecieron a veces la conservación de archivos mercantiles. Se han hallado algunos en los fondos de quiebras o confiscaciones de ciudades como Barcelona o Burdeos, sobre todo, en lo que respecta al siglo XVIII<sup>1</sup>. Otros se guardaron en archivos hospitalarios o en las mismas familias. En un artículo reciente, el profesor Kellenbenz, de la Universidad de Colonia, se esfuerza en hacer una clase de inventario de los fondos que permanecen en los distintos países de la Europa Occidental y Central<sup>2</sup>.

El más prestigioso de todos es, indudablemente, el *Archivio Datini*, de Prato, admirablemente clasificado y enteramente explorado por el profesor Federico Melis y sus alumnos. En la villa de Prato, próxima a Florencia, vivía en la segunda mitad del siglo XIV y en los primeros años del XV un acaudalado mercader llamado Francesco di Marco Datini. Por carecer de descendencia legítima, empleó su hacienda en la construcción de un hospital y en una fundación que debía asegurar su perennidad. El edificio y el archivo siguen intactos. Su riqueza es extraordinaria, pues Datini había mandado recoger después de su muerte los papeles de todas las factorías que su casa tenía en Italia, en España y en Aviñón. Según un cálculo muy preciso, las cartas mercantiles alcanzan el número de 125.549, las demás cartas 9.421, las letras de cambio 5.411, las cartas de porte 4.238 y los registros de cuentas 574<sup>3</sup>.

España posee un venero parecido al *Archivio Datini*, aunque más modesto, el Archivo Ruiz, cuyos fondos

quedan depositados en el Archivo Histórico Provincial de Valladolid. A una distancia de casi dos siglos, Simón Ruiz, uno de los más esclarecidos hombres de negocios de Medina del Campo, la ciudad de las ferias, obró del mismo modo que Francesco Datini. No teniendo hijos de sus dos matrimonios, también él hizo edificar un hospital, terminado solamente después de su fallecimiento. En 1632 su archivo y el de su sobrino Cosme fueron trasladados allá. Su riqueza se puede cifrar en alrededor de 50.000 cartas mercantiles y varios miles de letras de cambio; las copias de cartas, escritas en hojas sueltas, no se conservaron tan bien. Los registros de cuentas alcanzan el número de unos cincuenta; se añaden a ellos numerosos «cuadernos de cambios».

Y en 1934 el historiador norteamericano Earl J. Hamilton había señalado su interés <sup>4</sup>. Años más tarde, don Ramón Carande penetró, no sin trabas, en el archivo, defendido por un vigilante custodio. Disponiendo además de unas fotocopias hechas en una visita precedente, fue el primero en publicar algunas de las cartas mercantiles, cuyo valor hizo resaltar <sup>5</sup>. El profesor Fernand Braudel nos descubrió tal huella y el acceso al archivo nos fue facilitado por las gestiones de don ~~Fernando~~<sup>Fernando</sup> de Araoz y del llorado don Cayetano Alcázar, que era entonces Director General de Enseñanza Universitaria. A consecuencia de una mudanza anterior fue preciso emprender un arduo trabajo de clasificación. En 1947, el archivo fue trasladado a Valladolid. Hoy en día, queda perfectamente clasificado, merced a la labor de los sucesivos archiveros, don Angel de la Plaza y don Filemón Arribas, cuya pérdida lamentan cuantos apreciaban su extraordinaria pericia en materia de historia.

Hace más de veinte años, en la revista *Moneda y Crédito*, intentamos dar a conocer la excepcional transcendencia de los fondos, cuya exploración estábamos

iniciando <sup>6</sup>. Desde entonces, se ha hecho mucha labor. El profesor Braudel les abrió las puertas de la colección «Affaires et gens d'affaires» a los investigadores, que, siguiendo sus consejos, habían sacado partido del Archivo Ruiz. Por otra parte, unos artículos salieron en varias revistas o misceláneas. Ya que la *Revista de Occidente* nos ofrecía la oportunidad, nos pareció que había llegado la hora de hacer rápidamente el balance de toda esa actividad científica.

I. *La biografía de los Ruiz y su carrera comercial.*— Para llevar a cabo la obra de clasificación y abrir el camino a estudios ulteriores, ante todo era preciso desenredar la complicada madeja de las compañías en las cuales habían participado los Ruiz y esbozar la carrera comercial de Simón y de Cosme. Además, convenía aclarar su relaciones con otros miembros de la familia, en particular Vitores, fallecido prematuramente en 1566, y Andrés, radicado en Nantes. Ese aspecto biográfico puede parecer secundario, no obstante era indispensable para comprender lo demás.

No quisimos desatenderlo en un libro publicado en 1955 <sup>7</sup>. Su objeto principal era sacar del Archivo Ruiz un cuadro de la técnica de los negocios, sea de mercancías, sea de cambios, y por otra parte, un estudio del comercio entre Francia y España, o mejor dicho Castilla, en tiempos de Felipe II. Pero, a guisa de introducción, en unas cincuenta páginas, relatábamos la historia de la familia. Allí se veía a Simón, oriundo de Belorado, en la actual provincia de Burgos, establecerse hacia 1550 en Medina del Campo y traficar modestamente, utilizando las relaciones de su hermano mayor Andrés. En 1556 se asociaba con dos mercaderes nanteses, Yvon Rocaz y Jean Le Lou, formando una compañía que, a través de varias vicisitudes duró hasta 1569. La paz de Cateau-Cambrésis (1559) favo-

reció sus negocios que consistían esencialmente en la importación de lienzos del oeste de Francia. Luego la compañía tuvo un factor en Ruán y otro en Sevilla. Trabajaba en conexión con otra compañía, la de Vitores Ruiz, de Medina, y de Francisco de la Presa, de Burgos, ambos asociados con Andrés Ruiz y Juan de la Presa de Nantes. Las ventas en las ferias de Castilla y en Sevilla procuraron pingües beneficios, pero en 1567 la metrópoli andaluza fue sacudida por una serie de quiebras. Simón Ruiz y Francisco de la Presa fueron allá al año siguiente para cobrar importantes créditos y lo consiguieron en parte. Con todo eso, Simón, escarmentado, apenas siguió traficando en Sevilla. A los pocos años se relacionó con una de las principales casas de Lisboa, los Gomes de Elvas, que le confiaron su representación en las ferias de Medina. Con ellos se dedicó a actividades muy variadas: venta de especias, importación de trigo francés a Portugal y Andalucía, exportación de sal portuguesa a Francia, compra de paños en Valencia. El éxito logrado con los Gomes de Elvas hizo bulto y muchos negociantes de Lisboa se dirigieron a él. Le encargaron de la cobranza o del pago de letras de cambio en las ferias de Medina. Así, Simón pasó de la categoría de simple mercader a la de mercader banquero, para el cual el tráfico sobre los cambios, por propia cuenta o ajena, resultaba más importante que el comercio de las mercancías. Sería un poco largo explicar en qué consistía la especulación sobre los cambios. Basta decir que los que disponían de capitales los hacían viajar bajo la forma de letras de cambio y que, generalmente, el retorno se hacía a un curso superior al de la ida, procurando así un beneficio. Era un modo de eludir la prohibición del préstamo a interés.

Simón subió otro peldaño en la jerarquía de los negocios, cuando en 1574 vino a ser *asentista*, es decir,

que se entremetió en los contratos (*asientos*) concluidos con el Consejo de Hacienda, en vista de transferencias y anticipos de fondos. En el caso, se trataba de transmitir dinero a los Países Bajos para pagar el sueldo de las tropas. Desde la suspensión de pagos del Estado castellano en 1575, Felipe II se veía en apuros, pues sus acreedores genoveses no estaban dispuestos a adelantarle la más mínima cantidad. Sirviéndose de su amistad con los portugueses y con una gran casa luquesa que actuaba a la vez en Lyon y en Amberes, los Bonvisi, Simón consiguió hacer pagar al tesoro del ejército de Flandes unas letras de cambio que, sin alcanzar un importe muy elevado, representaron un socorro apreciable. Después de la conclusión de un compromiso entre el rey y sus acreedores, el *Medio General* de 1577, los genoveses volvieron a ser preponderantes. Con todo, Simón participó en asientos negociados en España y, con más frecuencia en la ratificación de otros gestionados en los Países Bajos con Alejandro Farnesio. A partir de 1588 ya no aventuró directamente su dinero y se contentó con el papel de encomendero <sup>8</sup>.

Por lo tanto, no había abandonado el comercio de las mercancías. A pesar de la guerra, traficaba más con los Países Bajos, de los cuales importaba paños, lienzos y tapicerías, que con Bretaña. En 1588, para aligerar su tarea, constituyó una compañía con su sobrino Cosme y su dependiente Lope de Arziniaga, que debían atender al comercio de las mercancías, mientras él se reservaba los asuntos de cambios y asientos. En 1592 la compañía se renovó bajo la razón social «Simón y Cosme Ruiz», lo que indicaba la intención de dar a su sobrino más responsabilidades. Al año siguiente, Simón se marchó de Valladolid, donde residía desde hacía doce años, y volvió a Medina para llevar a cabo el gran designio de su vejez, la construcción del hospital. En 1595, Cosme fue a vivir a Madrid, que había

venido a ser la capital financiera del reino. Simón falleció en 1597, dejando una hacienda considerable, aunque disminuida por la tercera suspensión de pagos del Estado en 1596.

Cosme Ruiz no se mostró tan listo ni tan prudente como su tío. Siguió a la Corte en Valladolid en 1601 y se abalanzó de ligero a negocios demasiado amplios. La coyuntura no era favorable y su asociación con Pedro Gomes Reynel, que había tomado a su cargo el asiento de la trata de los negros en la América española, resultó desastrosa. Proveía a Reynel de dinero por un juego de cambios y recambios con las ferias de Plasencia hasta el año 1606, en el cual sus letras fueron protestadas y él acosado a la quiebra. Se acabó la casa Ruiz. Desde entonces Cosme no se arriesgó más en los negocios, ni tampoco otro miembro de la familia. Afortunadamente, Simón había tomado la precaución de constituir dos mayorazgos a favor de sus sobrinos Vitores y Cosme, que les permitieron vivir de rentistas con más o menos holgura.

Nuestro colega don Valentín Vázquez de Prada, catedrático en la Universidad de Barcelona, que ha escudriñado la correspondencia de los Ruiz con Amberes, ha vuelto, en dos artículos, sobre el tema, enriqueciéndole con anotaciones personales<sup>9</sup>. Por otro lado, el distinguido archivero municipal de Bilbao, don Manuel Basas, especialista en la historia del comercio de Burgos en el siglo XVI, ha multiplicado los estudios circunstanciados sobre los Ruiz y sus socios los Presa, aprovechando además de los recursos del Archivo Ruiz, los de los archivos notariales de Burgos y Valladolid y de la Chancillería de esta última ciudad. Ha puesto en claro la genealogía de la familia, buscado sus orígenes en Belorado, retratado a muchos personajes, descrito el marco de su vida merced a los inventarios de bienes, seguido las vicisitudes de su hacienda. En resumen,

gracias a sus minuciosas investigaciones, la vida íntima de los Ruiz queda en adelante mejor conocida. Esta familia de mercaderes, que lindaba en la hidalguía, hondamente religiosa, estaba perfectamente encuadrada en la sociedad castellana de aquel tiempo. Hubo entre ellos jóvenes poco serios, como Pero Ruiz y Diego de Salazar, pero fueron excepciones. Para los Ruiz no existía antinomia entre la práctica de los negocios y el rigor moral. Simón lo demostró varias veces al negarse a participar en operaciones cuya licitud le parecía dudosa. Por tanto, un negociante portugués de Amberes, Felipe Jorge, podía escribirle: «vuesa merced es tenido en esta plaça por el más recto y recatado hombre de negocios que ay en toda esa España». Juicio que confirma Cebrián de Torres, de Belorado, citado por don Manuel Basas: «el mejor crédito de España y el más puntual». Las vocaciones religiosas no escasearon en la familia. Un hermano de Simón, fray Diego de Miranda, fue abad de los monasterios benedictinos de Sevilla y de Burgos. Su sobrina Isabel entró en la orden del Carmelo y Santa Teresa escribió con ese motivo al gran negociante medinense. Otra sobrina, María, tomó el velo en las Agustinas. Un sobrino segundo, llamado Cosme, se hizo carmelita<sup>20</sup>. Por fin, sin entregarse a investigaciones eruditas, don Juan José de Madariaga, atraído por la fuerte personalidad de Simón Ruiz, le dedicó la mitad de un libro, en el cual le hermana con otra gloria de Medina, Bernal Díaz del Castillo<sup>21</sup>.

II. *Francia, los Países Bajos e Italia vistos desde Medina.*—Al principio fueron las relaciones de la casa Ruiz con el extranjero las que despertaron la curiosidad de los investigadores. En ese plano la tarea va muy adelantada. Se podía dejar de lado a Inglaterra y a Alemania, que proporcionan escaso material. Por el contrario, la correspondencia procedente de Francia,

de los Países Bajos, de Italia y de Portugal, se revelaba a primera vista sumamente abundante. Las copias de cartas, aunque más difíciles de explotar, y los registros de cuentas, podían facilitar su interpretación.

Personalmente, nos hemos aplicado al correo intercambiado con Francia, unas 4.200 cartas y cierto número de copias. Tres poblaciones se encontraban en el primer plano, Nantes, Ruán y Lyon. Por Nantes los Ruiz penetraron en Francia. Andrés Ruiz, el padre, se hallaba allí desde el año 1537. Naturalizado, vino a ser uno de los prohombres de la ciudad, hasta tal punto que recibió en su casa al rey Carlos IX. Murió en 1580. Sus hijos, Julián, que no le sobrevivió mucho tiempo, y el segundo Andrés, no valían tanto como él y sus negocios vinieron a menos. En cuanto a las hijas, dos se casaron con magistrados de alto rango y finalmente la familia ascendió hasta la nobleza. Nantes miraba hacia la costa cantábrica. Lazos muy estrechos la unían con Bilbao: entre ambos puertos la nevegación era corta y poco arriesgada. De Nantes se enviaban sobre todo balas de lienzos fabricados en Bretaña, Anjou o Maine, luego cardas para lana, papel de Auvernia, naipes, libros impresos en Lyon y en París. En dirección opuesta, los envíos eran de menor consideración, lana de Castilla y hierro de Vizcaya. Siendo el balance comercial de Castilla con Francia deficitario, se exportaban monedas, ya lícitamente con una licencia de saca, ya de contrabando.

En Ruán, donde se había fijado una importante colonia española, los Ruiz tuvieron factores o correspondientes. Uno de ellos, Carlos de Saldaña, era un hombre de negocios de primera categoría; fue uno de los promotores del *Grand Parti du Sel* que se encargaba del abastecimiento de Francia, cuando la producción nacional era insuficiente. El horizonte de Ruán era más amplio que el de Nantes y el comercio más vuelto hacia el

Norte. El puerto mantenía relaciones con la costa cantábrica para la lana y con Sevilla para los lienzos llamados *roanes* que se reexportaban a América. La sublevación de los Países Bajos y los choques con Inglaterra acrecentaron el papel de Ruán, que hacía de terreno neutro para los beligerantes.

En Lyon se celebraban cuatro ferias anuales, donde el intercambio de mercancías era muy activo, y a las cuales seguían pagos adonde aflúan letras de cambio de Francia y de la Europa Occidental. Por un juego de *clearing* entre banqueros se saldaban muchísimas transacciones tocantes al comercio interior o exterior. De ahí que las exportaciones de lienzos por Nantes se pagasen en gran parte en Lyon. Andrés y Simón Ruiz tenían cuentas corrientes en la casa Bonvisi, la primera de la plaza. Estos les hicieron con frecuencia anticipos por el llamado *depósito*, es decir, el aplazamiento de la deuda hasta la feria siguiente, mero disfraz del préstamo a interés. Con Amberes y las ferias genovesas, Lyon era una de las principales plazas de cambio de Europa. Por eso, las cartas de los Bonvisi y de otras casas italianas como los Balbani ayudan mucho a desentrañar las sutilidades de la especulación sobre los cambios. Los cursos, sometidos a variaciones continuas, pasaban de la llamada *estrechez*a a la *largueza* y viceversa. Además de los resultados del comercio exterior, los empréstitos de la monarquía francesa y los mismos *asientos* españoles influían más o menos directamente sobre ellos. Al apuntar las cotizaciones que aparecen en el final de las cartas, hemos podido hacer cuadros de los cursos en Lyon durante unos treinta años. En lo sucesivo, en un volumen de homenaje a don Ramón Carande, publicamos y comentamos algunos documentos, los cuales enseñan cómo procedían los mercaderes banqueros para llevar las cuentas de sus clientes<sup>12</sup>.

Francia podía esperar un feliz porvenir en 1559,

cuando se restableció la paz con España. De hecho, durante unos años se produjo un brillante despliegue del comercio. Pero las guerras de religión acarrearón malas consecuencias. De ellas se percibe el eco en nuestras cartas, sobre todo en las de Nantes, pues Andrés Ruiz el padre estaba muy relacionado con los Gondi, consejeros de Catalina de Médicis. Franceses o italianos, los corresponsales de Simón Ruiz mostrábase muy hostiles al calvinismo. Quedaron satisfechos de la noche de San Bartolomé.

Teniendo en cuenta los enlaces tradicionales entre Castilla y los Países Bajos, cabía suponer que la correspondencia de Flandes, como se decía a la sazón, había de ser excepcionalmente interesante. Don Valentín Vázquez de Prada, que la examinó a fondo, publicó tres tomos de cartas mandadas de Amberes, de 1558 a 1589, con un volumen de introducción. Unos cuadros de precios de mercancías y de cursos de cambio deparan una valiosa aportación a la historia cuantitativa. El editor acumula los datos sobre las casas de comercio de cualquier nacionalidad y delata las quiebras, exponente de la coyuntura. Tampoco faltan las noticias políticas, salvo para el periodo de la dominación de los partidarios de Guillermo de Orange, en el cual los mercaderes católicos se habían refugiado en Colonia o por prudencia guardaban silencio.

En esta breve *mise au point*, no es posible describir en el conjunto la actividad comercial y financiera de Amberes en tiempos tan trastornados. Basta decir que desde la toma de la ciudad por Farnesio (1585), el Escalda permaneció cerrado a la navegación. Con todo, el comercio, aunque muy castigado, no fue aniquilado, pues subsistía la vía terrestre. Los cambios con la Península ibérica continuaron por intermedio de Ruán. Decayó el cambio de mercancías, mientras el mercado financiero seguía siendo animado, merced a la conclu-

sión de *asientos* para el pago de las tropas. El profesor Vázquez de Prada hizo su inventario para los años 1575-1602.

Insistiremos más en las relaciones de Amberes con España y Portugal. Las exportaciones consistían en cera, cobre, paños, fustanes, lienzos de Holanda, tapicerías, cuadros y libros. En contrapartida, Portugal enviaba especias, azúcar y pedrerías de sus lejanas posesiones. De Sevilla venía el aceite andaluz, la cochinilla mejicana y el añil. Después de las alteraciones de los Países Bajos y de los conflictos con Inglaterra, las expediciones disminuyeron considerablemente, sobre todo las de lana, cuya etapa quedaba fijada en Brujas<sup>13</sup>.

Siendo cada día más peligrosas las rutas marítimas del Norte, el comercio castellano se volcó en mayor medida hacia Italia, dado que, a pesar de la persistencia de la piratería berberisca, el Mediterráneo ofrecía más seguridad. Por lo tanto despierta mucho interés el volumen publicado en 1965 por don Felipe Ruiz Martín, catedrático de la Universidad de Bilbao, *Lettres marchandes échangées entre Florence et Medina del Campo*<sup>14</sup>. Incluye el texto de 492 cartas escritas de 1577 a 1585, y va precedido de una introducción verdaderamente relevante. Florencia contaba con una pequeña colonia castellana, oriunda de Burgos y experta en el trato de lanas, cuyas exportaciones aumentaron después de las malaventuras sufridas en los Países Bajos. La pañería florentina utilizaba las lanas más finas, mientras los venecianos se contentaban con calidades inferiores para la hechura de tejidos destinados al Levante. Simón Ruiz no se entremetió mucho en esas operaciones. Prefería la cochinilla, que daba beneficios más substanciosos. Para él, Florencia era ante todo una plaza financiera, aunque de segundo orden, pues dependía de las ferias de Lyon y a partir de 1583 de las ferias genovesas. Su corresponsal acostumbrado era Baltasar

Suárez, que se casó con una rica heredera de la casa Martelli y llegó a ser en Florencia un personaje. Valiéndose de su edad y de su reputación de gran hombre de negocios, Simón Ruiz se daba cierto tono, cuando le escribía. El profesor Ruiz Martín dibuja de él un retrato menos halagüeño que sus demás biógrafos.

Sobre el tráfico de los cambios y el tejemaneje de los capitalistas genoveses, aduce explicaciones luminosas. Los muestra obrando de modo distinto, según el rey otorgaba licencias de saca con motivo de los *asientos* o no. De ordinario, las galeras procedentes del litoral de España traían masas de reales que alimentaban en contado las ferias de Plasencia. Cuando se suspendían las licencias, los genoveses empleaban sus haberes en Castilla en mercancías. Siguiendo a Richard Ehrenberg, ya varios historiadores habían destacado el papel eminente de los genoveses. Durante un periodo muy largo fueron los auxiliares imprescindibles de la monarquía española. Según don Felipe Ruiz Martín, eran los únicos financieros capaces de cambiar los reales de plata por las piezas de oro que reclamaban las tropas de los Países Bajos.

En la segunda edición de su obra monumental sobre *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*, el profesor Braudel cita, varias veces, pasajes de la correspondencia entre Simón Ruiz y Baltasar Suárez<sup>15</sup>. Hasta la fecha va publicada un poco menos de lo que corresponde a los documentos referentes a Florencia. La mayor parte del correo de Italia, unas 3.500 cartas y 1.350 respuestas permanece inédito. El volumen de la correspondencia con Génova y las ferias de Plasencia supera ligeramente al volumen de la de Florencia. Según parece, merece un estudio. No pasaría lo mismo con el correo de Roma, que trata principalmente de asuntos de beneficios eclesiásticos. Varias cartas de Venecia, Milán, Torino y Malta completan ese conjun-

to. Para acabar con lo de Italia, conviene señalar que el profesor Vázquez de Prada aprovechó varios documentos del Archivo Ruiz para delinear un cuadro de sus relaciones comerciales con el Levante español <sup>16</sup>.

III. *Portugal, España y América.*—La confianza que los portugueses manifestaron hacia Simón Ruiz hizo mucho para su ascenso al rango de gran hombre de negocios. Por eso, importaba explorar los numerosos legajos de cartas de Lisboa y otras localidades del reino lusitano. Nadie era más calificado que don José Gentil da Silva para descifrar estas misivas escritas en un castellano mezclado de grafías y giros portugueses. Sus pacientes investigaciones tuvieron por resultado la publicación de tres volúmenes. Dos conciernen al período de los comienzos (1563-1578) <sup>17</sup>, el otro a los años finales (1595-1607) <sup>18</sup>. Aunque las cartas del período intermedio quedan inéditas, los volúmenes publicados echan suficiente luz sobre el mundo de los negociantes de Lisboa, muy poco conocido. De hecho, los historiadores habían sido más atraídos por las expediciones de Ultramar o por la factoría de Flandes.

Los dos tomos referentes a los años 1563-1578 abarcan las cartas de los Gomes de Elvas, de los hermanos Morales, mercaderes de menos fuste, y de otros muchos personajes. Los Gomes pertenecían a la nata y flor del negocio lisbonense, como los Ximenes y los Rodrigues de Évora, con los cuales les unían lazos de parentesco. Ellos solos hicieron operaciones sobre las mercancías de concierto con Simón Ruiz. Los Morales, que poseían fincas en Extremadura, se encontraban, por decirlo así, a caballo sobre la frontera hispano-portuguesa. Vendían trigo y compraban tejidos, pero su mayor especulación estribaba en el cambio de *cruzados* de oro por reales de plata. En efecto, para realizar sus compras en la India Oriental, los negociantes de Lisboa nece-

sitaban monedas de plata. Las demás casas que correspondían con Simón Ruiz tenían enlaces menos estrechos con él.

A través de esas cartas, a menudo farragosas, se percibe la vida de Lisboa, acompasada por la llegada de las carracas de la India y en ciertos momentos de flotas de navíos bretones o nórdicos, que venían a traer trigo o a buscar sal. Se alude a los contratos suscritos por hombres de negocios extranjeros, por ejemplo Stefano Lercaro, un genovés, para el arrendamiento de las aduanas, o Conrad Rott, un alemán, para la venta de la pimienta. Se recogen pocas informaciones sobre Ultramar, siendo los Gomes y los Ximenes muy reservados sobre el particular. Sin embargo, dos veces, en 1575 y 1576, Simón Ruiz participó en el envío de mercancías hacia la India Oriental.

El último volumen comprende únicamente las cartas de una familia, los Rodrigues de Evora y Veiga. En aquella época de fines de siglo, cuatro hermanos compartían la dirección de los negocios. Simão y Nicolau se habían establecido en Amberes. Simão llegó a ser un gran personaje, cónsul de la nación portuguesa, y luego en 1603, barón de Rodes. Una familia de la nobleza belga, que se extinguió hace pocos años, tenía en él su origen. En Lisboa moraban dos hermanos, cuyos apellidos eran curiosamente inversos, Rodrigo Lopes y Lopo Rodrigues. El hijo del primero se hacía llamar Manuel de Veiga. La introducción de este volumen está más desarrollada. El profesor da Silva acometió la tarea de dilucidar con mucha agudeza los sutiles problemas de la especulación sobre los cambios. Casi no se habla más que de eso en dichas cartas; accesoriamente se alude a las rentas sobre el Estado o *juros*. Fueron años de malestar, ya que once años solamente separan la tercera y cuarta suspensión de pagos. Menudearon las quiebras, incluso la del desdichado Cosme

Ruiz. Se comprende que uno de los corresponsales se quejara de la «maldad de los tiempos».

La mole de la correspondencia procedente de España parece superar a la del extranjero, pero dio lugar a menos publicaciones. Hasta ahora don Manuel Basas fue el que efectuó las búsquedas más profundizadas, al descifrar las 4.000 cartas de Burgos, que figuran entre las fuentes de sus obras sobre el Consulado de esta ciudad y los seguros marítimos que allí se suscribían<sup>19</sup>. Aunque situada en el interior, era la metrópoli comercial de la costa cantábrica, la ciudad de la lana y de los seguros. Los acontecimientos del Norte dieron un golpe fatal a su prosperidad.

Tampoco faltaban motivos para enfrascarse en la correspondencia de Sevilla. El profesor Bennassar tuvo que limitarse a pasar revista a 330 cartas de los años 1560-1569. Quizá sean las más interesantes, dado que en aquella época Simón Ruíz y sus socios vendían gruesas cantidades de lienzos en Sevilla. Las cartas de sus factores, Gerónimo de Valladolid y después Francisco de Mariaca, a pesar de estar atiborradas de detalles fastidiosos, nos hacen tocar con el dedo las realidades del comercio sevillano. Desde luego, el compás de la existencia está marcado por el cargamento y la salida de la flota de Indias, la llegada de la carabela de aviso y después de la misma flota, acontecimientos que provocan altibajos en la plaza. Sus sobresaltos tienen repercusiones en toda Europa, que se sustenta de la plata americana. Como en Lisboa, la llegada de navíos del Norte, cargados de lienzos y a veces de trigo, tiene también su importancia. Los factores se preocupan de vender sólo a *buenas ditas*, es decir clientes solventes. En efecto, Sevilla era una plaza insegura, donde abundaban los malos pagadores, los cuales, en ciertas ocasiones, se refugiaban en las iglesias para escapar a sus acreedores<sup>20</sup>. El artículo del señor Bennassar se suma

útilmente a la imponente mole de datos incluidos en las conocidas publicaciones de H. y P. Chaunu, *Séville et l'Atlantique*<sup>21</sup>.

Por nuestra parte, hemos tratado de algunos temas particulares. La riquísima colección de letras de cambio del archivo nos dio la oportunidad de estudiar los orígenes del endoso en España. El más antiguo que hayamos encontrado remonta a 1575 y una cuarentena de documentos posteriores demuestra que hacia fines de siglo dicha práctica tendía a generalizarse<sup>22</sup>. A título de curiosidad, buscamos piezas referentes a Miguel de Cervantes, encargado en 1588 de proveer al abastecimiento de la *Invencible*. Embargó 1.786 arrobas de aceite, perteneciente a Simón Ruiz y guardado en su almacén de Ecija. Se hizo esperar el pago, no teniendo la culpa Cervantes<sup>23</sup>. En resumidas cuentas, queda mucho por hacer. El correo de Toledo, Segovia, Madrid, Valladolid y otras muchas poblaciones no ha sido examinado a fondo.

Entre las cartas publicadas en 1944 por don Ramón Carande, dos estaban fechadas en Méjico el año 1588. Cuando la clasificación primitiva del archivo en 1947, fue posible juntar unas sesenta cartas de América, documentos extremadamente raros, tratándose de cartas mercantiles. La señorita Helmer empezó por publicar una misiva de un rico minero de Potosí<sup>24</sup> y, más tarde, se dedicó a un estudio de conjunto, dando a conocer el texto de cuatro cartas más. De estos documentos se desprende que Simón Ruiz se empeñó poco en el comercio de Indias; se contentaba con vender a los cargadores sevillanos. No obstante tuvo que cobrar créditos en Nueva España y en el Perú. Allí su corresponsal era uno de sus parientes, Pedro de Miranda. Creyó hacer fortuna al vender azogue de Huancavelica en Méjico, pero la institución del monopolio regio contrarió sus proyectos<sup>25</sup>.

Por casualidad, en el mismo volumen de homenaje a la memoria de Jaime Vicens Vives, damos a luz otro trabajo sobre América sacado del Archivo Ruiz. Se refiere al tráfico negrero en los últimos años del siglo XVI. Tres libros de cuentas de Pedro Gomes Reynel, llevados uno en Lisboa y otros dos en Sevilla, habían venido a parar a Medina, a consecuencia de los pleitos que tuvo con Cosme Ruiz. Es más, un cuadernillo, algo confuso, daba la lista de los negreros que entraron en el puerto de Cartagena de Indias de 1595 a 1601. Así pudimos hacer estadísticas. En los cuatro años, 1597-1600, 15.763 piezas de esclavos habrían sido importadas a Cartagena y 3.437 a los otros puertos<sup>26</sup>.

Las páginas que acaban de leerse, quizá parezcan demasiado repletas de erudición. Hemos tenido empeño, más bien que en desarrollar ideas generales, en enseñar ejemplos concretos de cómo, a pasos contados, adelanta la ciencia histórica. Desde hace una veintena de años, el Archivo Ruiz se reveló una de las fuentes fundamentales para la historia del gran comercio y de los cambios en la segunda mitad del siglo XVI. El venero no está agotado y puede suministrar muchos datos inéditos, principalmente sobre el comercio interior de España.

*Henri Lapeyre*  
Grenoble (Francia)

#### NOTAS

<sup>1</sup> P. Vilar, *Les archives économiques de Barcelone (Annales. Economies. Sociétés. Civilisations, 1950, pp. 213-222)*. Ayuntamiento de Barcelona. Documentos y estudios, vol. VII: *Catálogo del fondo comercial del Instituto Municipal de Historia*, por Pedro Voltes Bou, Barcelona, 1961. P. Giteau, *Classement et répertoire numérique du fonds des négociants...*, Bordeaux, 1960.

<sup>2</sup> H. Kellenbenz, *Firmenarchive und ihre Bedeutung für die europäische Wirtschafts- und Sozial-Geschichte (Tradition, 1969, pp. 1-20)*.

<sup>3</sup> F. Melis, *Aspetti della vita economica medievale*, t. I, Siena, 1962.

<sup>4</sup> E. J. Hamilton, *American Treasure and the Price Revolution in Spain, 1501-1650*, Cambridge (Mass.), 1934, p. 91.

<sup>5</sup> R. Carande, «Cartas de mercaderes (En torno a 1575)» (*Moneda y Crédito*, junio 1944, pp. 1-37). Cf. del mismo, *Carlos V y sus banqueros*, t. I, 2.ª ed., Madrid, 1965.

<sup>6</sup> H. Lapeyre, «El Archivo de Simón y de Cosme Ruiz» (*Moneda y Crédito*, junio 1948, pp. 3-13).

<sup>7</sup> H. Lapeyre, *Une famille de marchands, les Ruiz. Contribution à l'étude du commerce entre la France et l'Espagne au temps de Philippe II*, Paris, 1955.

<sup>8</sup> H. Lapeyre, *Simon Ruiz et les «asientos» de Philippe II*, Paris, 1953. Cf. R. Carande, «Un banquero de Felipe II en Medina del Campo» (*Moneda y Crédito*, núm. 49, 1954, pp. 13-23).

<sup>9</sup> V. Vázquez de Prada, «La economía española en la época de Felipe II vista a través de una firma comercial» (*Revista de Archivos, Bibliotecas, Museos*, 1956, pp. 739-754). «Los Ruiz en la vida económica del siglo XVI» (*Città, mercanti, dottrine nell' economia europea dal IV al XVIII secolo. Saggi in memoria di Gino Luzzatto*, Milán, 1964, pp. 277-295).

<sup>10</sup> Entre las numerosas publicaciones de M. Basas Fernández, las siguientes se refieren particularmente a los Ruiz y Presa: «Simón Ruiz burgalés» (1953), «La azarosa vida del mercader Juan de la Presa» (1954), «Francisco de la Presa, hijodalgo y mercader» (1955), «Los sobrinos de Simón Ruiz» (1961), «Fray Diego de Miranda, Abad de San Juan (Burgos) y hermano del mercader Simón Ruiz Embito» (1961), «Testamento y mayorazgos del mercader Simón Ruiz Embito» (1962), «Testamento y bienes del mercader burgalés Vitores Ruiz Embito, hermano de Simón» (1962), «La Hacienda de Simón Ruiz» (1963), todas en el *Boletín de la Institución Fernán González, de Burgos*.

<sup>11</sup> J. J. de Madariaga, *Bernal Díaz y Simón Ruiz de Medina del Campo*, Madrid, 1966.

<sup>12</sup> H. Lapeyre, «Documents pour servir à l'histoire des foires de Lyon» (*Homenaje a Don Ramón Carande*, t. II, Madrid, 1963, pp. 221-246).

<sup>13</sup> V. Vázquez de Prada, *Lettres marchandes d'Anvers*, Paris (1960), 4 vol. Del mismo autor, «Tapisseries et tableaux flamands en Espagne au XVI<sup>e</sup> siècle» (*Annales...*, 1955, pp. 37-48).

<sup>14</sup> F. Ruiz Martín, *Lettres marchandes échangées entre Florence et Medina del Campo*, Paris, 1965. Cf. A. Castillo, «Castilla, Italia y el capitalismo genovés a finales del siglo XVI» (*Revista de Occidente*, octubre 1966, pp. 107-113).

<sup>15</sup> F. Braudel, *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*, 2.ª ed., Paris, 1966, 2 vol.

<sup>16</sup> V. Vázquez de Prada, «La actividad económica del Levante español en relación con Italia a finales del siglo XVI» (*VI Congreso de Historia de la Corona de Aragón*, Madrid, 1959, pp. 901-915).

<sup>17</sup> J. Gentil da Silva, *Marchandises et finances. Lettres de Lisbonne (1563-1578)*, Paris, 1959-1961, 2 vol.

<sup>18</sup> J. Gentil da Silva, *Stratégie des affaires à Lisbonne entre 1595 et 1607. Lettres marchandes des Rodrigues d'Evora et Veiga*, Paris, 1956. El mismo autor cita a menudo documentos del Archivo Ruiz en su última obra, *Banque et crédit en Italie au XVII<sup>e</sup> siècle*, Paris, 1969, 2 vol.

<sup>19</sup> M. Basas Fernández, *El consulado de Burgos en el siglo XVI*, Madrid, 1963. *El seguro marítimo en Burgos (siglo XVI)*, Bilbao, 1963.

<sup>20</sup> B. Bennassar, «Facteurs sévillans au XVI<sup>e</sup> siècle d'après des lettres marchandes» (*Annales...*, 1957, pp. 60-70). Cf. F. Braudel y J. Gentil da Silva, «Réalités économiques et prises de conscience: quelques témoignages sur le XVI<sup>e</sup> siècle» (*Annales...*, 1959, pp. 732-737).

<sup>21</sup> H. et P. Chaunu, *Séville et l'Atlantique*, Paris, 1955-1959, II vol.

<sup>22</sup> H. Lapeyre, «Los orígenes del endoso de letras de cambio en España» (*Moneda y Crédito*, marzo 1955, pp. 3-19).

<sup>23</sup> H. Lapeyre, «Simón Ruiz et Cervantes» (*Notas cervantinas*, t. VI, 1958).

<sup>24</sup> M. Helmer, «Un tipo social: el minero de Potosí» (*Revista de Indias*, núm. 63, 1956, pp. 85-92).

<sup>25</sup> M. Helmer, «Lettres d'Amérique dans la correspondance de Simón Ruiz» (*Homenaje a Jaime Vicens Vives*, t. II, Barcelona, 1967, pp. 231-246).

<sup>26</sup> H. Lapeyre, «Le trafic négrier avec l'Amérique espagnole» (*ibid.*, pp. 285-306).